



En la primera, la mirada interior se fija en la Sabiduría que "viene de la boca del Altísimo": el título "Altísimo" (que corresponde al hebreo אל עליון /el-elyon) recuerda la escena misteriosa de Gén 14,17-20 en la que Abraham, después de la batalla de los diez reyes, se encuentra con Melquisedec, "sacerdote del Dios Altísimo" que ofrece pan y vino y bendice a Abraham. El santo patriarca le da el décimo de todo lo que posee. El Nuevo Testamento no dejará de señalar el vínculo entre Melquisedec y Jesús, con la ofrenda eucarística del pan y del vino. Él es la Palabra que salió de la boca del Padre, la Palabra de amor pronunciada por Él sobre la creación como principio y cumplimiento de todo lo que existe.



Esta segunda antífona es un verdadero compendio del Éxodo: de hecho, el Nombre que invoca y los acontecimientos a los que se refiere están todos tomados de este libro o de textos que los recuerdan. Invocamos al Hijo como Señor que viene a liberarnos de la esclavitud del pecado, y que lo hace con la plena manifestación de la potencia de su amor (*in brachio extendo*), porque el pueblo nuevo que es la Iglesia, nacido de la obra redentora de Cristo, da al nuevo y verdadero Moisés el nombre de Adonai (אֲדֹנָי). Es uno de los nombres que se le da a Dios en la Biblia. Está compuesto por el hebreo **adōn**, que significa 'administrador, maestro, Señor' y **ay**, que se ha interpretado como 'mío' o 'nuestro'.



La presencia de Jesé en esta antífona no es sólo para recordarnos que fue el padre de David, sino para poder acceder al profeta Isaías y así hablarnos de Cristo. En otras palabras, la expresión "raíz de Jesé", además de recordarnos que el Mesías proviene del linaje de David, nos evoca que ya se encuentra en la raíz misma de esta dinastía y, más aún, el Mesías, el Hijo de Dios, existe antes de todos los siglos. Es la raíz de la vida.



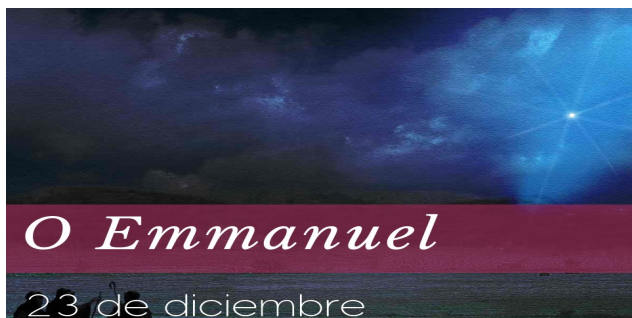
La antífona se abre con una cita de Isaías, que recoge toda la primera parte de la misma e introduce el personaje de David (ya anunciado en la antífona anterior), de cuya dinastía nacería el Salvador: "Pondré la llave de la casa de David sobre su hombro; si abre, nadie cerrará; si cierra, nadie podrá abrir" (Is 22, 22)). La llave es una señal de poder. Quien tiene el poder de las llaves tiene una autoridad definitiva, expresada en la imagen de abrir o cerrar, acción que sólo puede realizar quien tiene este dominio. Es el que tiene Cristo, como el nuevo David, el siervo escogido y ungido para ser el Mesías que salve a su pueblo y el Rey que lo guíe.



El sol y la luz son símbolos típicamente navideños. Este tema tiene hondas raíces bíblicas y habla del profundo deseo de ver a Dios: el mundo está en tinieblas porque es pobre en la luz que es Dios (1 Juan 1,5). Mientras el Altísimo no se muestra al hombre, la humanidad permanece en las tinieblas; Dios sigue siendo para él un misterio inaccesible. Y, sin embargo, el Señor, se hizo visible en el rostro de Jesús para que podamos "conocer a Dios visiblemente" (prefacio de Navidad): podemos verlo con nuestros ojos porque están iluminados por la luz que viene de lo alto, y se hizo carne para habitar entre nosotros.



La antífona de hoy nos invita a invocar al Mesías como "rey de las naciones" y "piedra angular" de la Iglesia. Es un rey "deseado" porque tiene el don de la unidad. En él encontramos armonía y concordia. En Cristo, las separaciones, las enemistades, las diferencias, se anulan en la unidad de un "cuerpo único". La súplica final invoca la venida del Rey esperado, y pide la salvación del hombre formado del barro de la tierra. Somos vasijas hechas de arcilla frágil; desde esta fragilidad asumida con gozo decimos: **¡Ven, Señor Jesús, Rey de la unidad, que atrae a todo y a todos a la comunión!**



La antífona introduce ahora el encuentro con Aquel que ha sido invocado a lo largo de los días: la intimidad del encuentro, ahora cercano, está dada por el título inicial "Emmanuel" que en hebreo significa "Dios con nosotros".

Para la última antífona se eligió el nombre del niño anunciado por Isaías al rey Acáz de Jerusalén (Is 7,14; con la «O» en 8,8).

"Dios con nosotros" es el Nombre de Dios en muchos otros pasajes de la Escritura y con el se da a conocer al hombre, a su pueblo, para asegurarle su presencia, su cuidado, su amor que acompaña la vida. De hecho, encontramos "Dios con nosotros" en Gén 28,15, Jer 1,19, etc...

Mateo, en el relato del anuncio a José, esposo de María, del inminente nacimiento de Jesús, ve en él el cumplimiento de la profecía de Isaías (Mt 1,23).

A lo largo de todo este evangelio la afirmación de "Dios con nosotros" está muy presente: en 18,20, donde el Señor Jesús asegura a sus seguidores que está entre los suyos "donde están dos o tres reunidos en su nombre"; o en Mt 28,20, donde esta presencia es el don definitivo del Resucitado:

"Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo".



Las antífonas de la "O" reflejan muy claramente la enseñanza que los primeros concilios ecuménicos, con especial énfasis en el misterio de que Jesús es al mismo tiempo verdadero Dios y verdadero hombre, sin confusión, separación, división o cambio.

Las antífonas de la "O" proclaman, con gran claridad y belleza, el profundo deseo de salvación que anima a toda la humanidad que anhela un encuentro con Él. Este deseo se manifiesta de múltiples maneras. Estos textos que se nos ofrecen para que los saboreemos en el santuario del corazón, recogen algunos de los anuncios mesiánicos más bellos del Antiguo Testamento que resumen toda la historia de la salvación.



Pueden ser rumiadas tanto por Israel en su espera del Mesías, como por la Iglesia que espera su regreso en gloria al final de la historia. La Comunidad Cristiana proclama, a la caída de la tarde cuando se recoge en una oración contemplativa envuelta en alabanza, que Aquel a quien en el Antiguo Testamento se invoca con los títulos que hemos rumiado es Jesús: la plenitud de la revelación de Dios y en quien se cumplen sus promesas.

De hecho, el Nuevo Testamento está construido de tal manera, que muestran como en el Señor se ha realizado en plenitud toda la historia de la salvación. Pero no es una historia cerrada, acabada. Hasta la parusía, al final de los tiempos, las antífonas de la "O" siguen siendo la súplica admirada de la Iglesia que invoca la venida del Salvador, a fin de que consuma lo que se ha iniciado en la encarnación, muerte y resurrección. Somos peregrinos que marchamos hacia el abrazo definitivo con Cristo.

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

Antífonas de la "O"

Unos textos para guardar en la memoria del corazón



El júbilo del domingo, "Gaudete", cuando el sol comienza a buscar el camino del "hogar de la noche", la Iglesia lo transforma, movida por el Espíritu Santo, en expectación por un misterio que saborea y que se transforma en canto. Comienzan, en las Vísperas del 17 al 23 de este mes de diciembre, las antífonas mayores que abren y cierran el Magnificat: un canto empapado de fiesta que brota del corazón de la Virgen y que la Iglesia, a través del tiempo, lo ha hecho suyo a modo de preciosa corona para el día que se acaba.

En estas **antífonas mayores** se va contemplando cada atardecer, algún aspecto del misterio de Cristo. Todas concluyen con un apremiante ¡Ven! que brota de un corazón ardiente, y que viene a ser como un grito que expresa el deseo del encuentro.